

Víctima: Joan Gelabert Vallori
Autoría: Libertario

Mi colorín

A la memoria de Joan Gelabert Vallori

En 1938 nuestra familia solamente deseaba vivir con dignidad y respeto, no ambicionábamos otra cosa; dignidad y respeto era todo lo que pedíamos.

En una de las muchas veces que mi padre salió de la prisión, yo tenía un *colorín* enjaulado que era un gran cantador y yo le tenía mucho aprecio. Mi padre me dijo:

— Libertario, ¿por qué no lo sueltas? No sabes la alegría que tendrá cuando se sienta libre, yo sí que lo sé.

Aquella misma tarde le abrí la puerta y el pajarito no dudó en salir y alejarse. Dejé la puerta abierta por sí quería volver. Mi padre me había contado que algunos presos, sobre todo de la península, lloraban cuando les comunicaban la libertad: la mayoría no tenían ni trabajo ni recursos para poder subsistir y deberían robar para sobrevivir, y muy probablemente volverían a ser encerrados.

Mi colorín, él solo, volvió a entrar en la jaula. Él tampoco conocía el camino de la libertad, no sabía dónde encontrar comida y dentro de la jaula lo tenía seguro. Se lo conté a mi padre.

— Déjale la puerta abierta, él sabrá cuándo debe marcharse —me dijo.

Con la puerta abierta y comida y agua, un buen día, mi colorín ya no volvió. Seguro que aprendió a disfrutar de la libertad y que la fuerza de ésta sería superior a la abundancia de la comida. Así que me quedé sin colorín, pero por si acaso volvía y durante mucho tiempo le dejé la jaula abierta con comida y agua.

Mi padre también tenía la puerta abierta, pero lo encerraban nada más entrar, una y otra vez. Entrar era fácil, pero salir era difícil de conseguir. Él no podía alejarse como mi colorín, su libertad dependía de la libertad de los otros; cuántas veces le oí decir que él no sería nunca libre mientras hubiera un solo oprimido.

Le solía decir a mi madre:

— Carme, cuando salga buscaré una barquita y todos los domingos con los niños iremos a pescar.

Un metro nos separaba de nuestro padre, un metro de distancia separado por unos barrotes en cada ventana y una espesa reja. Cuando nuestro padre nos hablaba de la barquita, mi madre con el rostro sonriente y los ojos fijos en la cara de mi padre le decía:



— Joan, ¿tú crees en lo que dices?

— Sí, Carme, ya lo verás.

Mi padre no pudo, como había hecho el colorín, alejarse de la jaula y le fue imposible cumplir la promesa. Mi madre no subiría nunca en aquella barquita. Cada domingo con los niños íbamos a pescar... sólo recuerdo tres o cuatro veces que con mi padre fuimos a pasear por el campo, una a la Font Santa y otra un poco más lejos.

Cada día le seguiríamos trayendo la cestita con la comida, lo más caliente posible, siempre procurábamos que el primero fuera para nuestro padre. Nosotros estábamos orgullosos de él y nunca tuvimos vergüenza de decir que estaba en la prisión, conocíamos la causa y presumíamos de él.

De niño me pasaba horas y horas con mi madre, ella se sentía sola, mis hermanos eran mayores y tenían cosas que hacer, yo con seis o siete años me sentía a gusto en su compañía. Tenía una cestita llena de recortes pequeños de ropa de todos los colores y si debía hacer algún cosido, me decía:

— Tario, busca un trozo de ropa que vaya bien con esta.

Así ella conseguía dos cosas: romper su soledad y, lo más importante, apartarme de la calle. Los dos en la habitación con un trozo de manta gastada nos tapábamos las piernas para quitarnos el frío. Todas las conversaciones que teníamos eran sobre mi padre, a mí me encantaba hablar de él y siempre le decía lo mismo:

— El papa, ¿por qué esta en la prisión?

En la calle me decían que por ser rojo, y yo no lo entendía.

— Tu padre está en la prisión sólo por pedir pan y trabajo —me contestaba mi madre.

Pan y trabajo, pensaba yo, y me sentía orgulloso de él. Mi madre me contaba anécdotas de mi padre, sabía que me gustaba mucho. Esta es una de ellas:

Una vez, mi padre hacía de picapedrero en un convento de monjas que había en la Avenida Argentina, estaba arreglando la azotea. Subió la superiora y le dijo:

— *Mestre* Joan, ¿por qué tapáis los agujeros de la pared? al anochecer vienen pájaros, entran por los agujeros y los cogemos para comer.

— Hermana, ¿le parece que está bien coger los pajaritos que buscan refugio en la casa de Dios y que acaben en la sartén?, le contestó mi padre.

Mi madre reía, y hablaba y hablaba. Yo le tocaba las rodillas para que bajase de las nubes, me miraba y con sus manecillas acariciaba mi cara, estrechándola contra sus pechos, al tiempo que me besaba la frente. Quería impedir que le viese los ojos llenos de lágrimas, siempre intentó que los más pequeños de la casa, Galileo y yo, no la viésemos llorar. Llegué a conocer muy bien a mi padre sin casi haberlo visto.

La verdadera revolucionaria fue ella. Mi madre, pobrecita, nunca consiguió cobrar pensión de viudedad porque mi padre no había cotizado el tiempo que estuvo en prisión. La pobre fue católica toda la vida y, siempre que pudo, practicante. Tenía fe en su dios, pero este se olvidó de ella, estaba muy entretenido en aquella época dirigiendo su ejército.

En 1950 yo tenía diecisiete años. Mi padre se encontraba en la cama, hacía veintinueve días que había tenido una embolia cerebral y a las seis de la mañana mi madre nos llamó:

— Niños, vuestro padre se ha caído de la cama.

Después dio unos golpes en la pared, pues mi hermano Toni, que ya estaba casado, vivía en la casa de al lado. En unos segundos estuvo en casa. Los tres con mucho cuidado pusimos a mi padre en la cama, él sólo pudo decir:

— FAI...

Después nos miró uno a uno y ... Los tres nos pusimos a llorar. Mi padre... mi padre... Mi madre no lloraba, seguía arreglándole los cabellos hacia atrás y besándole una y otra vez en la frente, al tiempo que le decía:

— Ya has encontrado tu libertad, ahora al fin te dejarán descansar...

Y seguía besándole en la frente. Mis hermanos y yo llorábamos sin consuelo cada uno en un rincón, no teníamos ganas de hablar, no teníamos nada que decirnos, sólo mirábamos a nuestra madre, su fortaleza y temple, era como si nos quisiera transmitir su fuerza. A cada momento tenía a uno de nosotros a su lado, que abrazaba y besaba, mi madre. Mi madre...

Yo pensaba que mi padre no se había ido, sólo había dejado la jaula vacía. Estoy seguro de que, como mi colorín, había encontrado el camino de su libertad y tal vez el mundo que tanto buscó y por el cual tanto luchó y sufrir, no sólo por él, sino para ser repartido entre todos.

Joan Gelabert, mi padre, no pedía demasiado: sólo **dignidad y respeto**. Yo estaba seguro y convencido de que, como tantas veces, lo volveríamos a ver y ya no detrás de aquellos fríos barrotes.

Seguro que nos esperará al final del camino en aquella barquita que tantas veces prometió a nuestra madre. Buscaré una barquita y con los niños cada domingo iremos a pescar; esto es lo que nos decía, con qué poca cosa se conformaba aquel **rojo**. Mi padre era diferente y nosotros también lo somos. Si al final hay un dios, espero que tenga en su reino a mi estimado colorín; es igual si la jaula es vieja, sólo pido que siempre tenga la puerta abierta.

El color de la piel de mi padre era casi morado cuando murió. Sí, morado por las torturas recibidas. Su corazón y su pensamiento tenían el color de la libertad, esto nunca se lo pudieron quitar. Mi padre, mi madre y mi colorín tenían y tienen un color precioso y radiante que ya querrían tener para sí muchos «camaleones», ya lo creo que sí.

Libertario

Palma, julio de 2008